

I Premio Literario Pablo Díez

Trabajo premiado: tema caso Pablo Díez escrito por un trabajador de TMB

Autor: Jordi Aguado Castillo

ABISMOS Y GRIETAS

Juan Villanueva comprendió que todo había acabado en el instante en que Alejandro Valcárcel, abogado de la empresa, terminó de leer la carta de despido y le señalaba, con dedo vacilante, dónde debía firmar. Ya era tarde para los porqués. Estaba todo decidido.

¿Cómo podía sospechar que ese ir y venir de un borde al otro de la cama, que esa parábola que se prolongaba desde el ocaso hasta el alba, cuyo interludio era una guarida que había fabricado ante el asalto de pensamientos retorcidos y bombardeos de preguntas acuciantes, eran preludios de la realidad?

¿Quién hubiera imaginado que ese expediente disciplinario podía acabar así? Trataba de poner tabiques al suceso, de sostenerlo en su cabeza para poder realzar los detalles; pero existía una laguna en la película, un pedazo de cliché velado —«tenía ganas de orinar, y con las puertas de mi autobús abiertas y pasajeros en el interior, bajé los escalones y me metí en el lavabo»—. Mientras tanto, un trozo de papel sin valor alguno, que colgaba de la máquina expendedora de billetes, cayó bajo los afectos de unas manos tediosas; molesta por la espera, y suponiéndole precio, pagado el desaire, la pasajera se recogió como abstraída en un asiento del fondo. Después, unos inspectores sacudieron su modorra y le solicitaron el billete, y la película quedó con final abierto.

Dos meses después del acontecimiento, en ese mismo despacho, se reunieron unas personas para desgranar el suceso y enfrentaron ambas versiones en el *ring* de las opiniones. Pero la razón, al ver que las opiniones subían al autobús en el momento de los hechos y como un acto de fe creían una de las versiones, subió al cuadrilátero y, con su seductora perspectiva, con su don de equidad, lo recorrió sosteniendo con gracia un cartel de advertencia, pero nadie miró. De repente sintió un golpe seco, inesperado, que la abatió contra la tarima. Bajo los efectos de ese terrible *shock*, la tendieron sobre un papel; apenas movía los labios. Un accidente —pensó—, nada que no pudiera restablecer el juicio. Pero el adalid no esperó a que se restituyera la razón y, a falta de ella, puso un número de expediente, rellenó un informe más o menos suspendido en una náusea, la cosió al papel con su firma y la dejó en la bandeja de despidos.

Juan Villanueva volvió súbitamente de lo que parecía un desmayo y sintió confusión, como si le hubieran sentado en la silla después de voltearlo; le temblaban las piernas como a un títere mal gobernado. Alejandro Valcárcel le estuvo observando algo inquieto y, antes

de que se volvieran a repetir escenas lamentables, le invitó a salir de su despacho. El conductor ladeó la cabeza, inconscientemente: desde la cara del abogado hasta la puerta. Su campo de visión tropezó con una ventana abierta que daba a otro despacho; alguien prestaba atención con uno de sus ojos y ambas orejas mientras encorbaba las varillas de la persiana con la frente. No le dio importancia; quizá esa visión cogió un atajo hasta el recuerdo. Intentó levantarse de la silla, pero no pudo; sintió cómo un abismo examinaba su cuerpo con sus manos etéreas, cómo perdía el equilibrio en el respaldo. El abogado se acercó a la ventana intentando esquivar la situación: ese hedor putrefacto que invadía nuevamente su despacho (esperando oír tras de sí cómo se cerraba la puerta y el olor desaparecía).

Estaba lloviendo, y las gotas se aferraban al cristal como un intento desesperado de eludir su destino. Una caravana de coches avanzaba con parsimonia mientras las bocinas luchaban, haciendo agujeros en el aire, para abrirse paso.

Juan Villanueva insistió en que no había hecho nada, que la mujer que le acusó de darle el billete falso debía de sentirse acorralada, que los inspectores le proporcionarían una llave y abrió esa farsa. Pero la respuesta fue un silencio prolongado.

Como último intento apretó los párpados implorando despertar, pero al abrir los ojos seguía allí, dando golpes con el tacón de los zapatos contra el suelo. ¿Y ahora qué? Se repitió la pregunta tantas veces que la última, sin querer, salió de sus labios como una queja. Alejandro Valcárcel se acercó a su mesa y, apuntando con el dedo hacia un papel, le indicó que había la posibilidad de reingresar en seis meses, pero debía aceptar el hurto y... Un golpe de ira, un manotazo dejó el papel noqueado sobre el suelo. Amenazando con avisar a los de seguridad, hizo ademán de descolgar el auricular, pero se limitó a repicar frenéticamente sobre su base, y dos gotas de sudor frío cayeron a la mesa. No podía marcar, a no ser que los números se repitieran de tres en tres. En ese instante comprendió que a él también lo habían puesto a correr en plena oscuridad. Juan Villanueva no lo vio; estaba afligido, miraba hacia el suelo e intentaba contener sus piernas, pero lo que más le atormentaba era que, en cierto modo, se sentía unido a esa carta: piel contra piel.

Cuando pudo incorporarse de la silla se dirigió hacia la puerta y, apretando el pomo con fuerza y mirándole a la cara, le lanzó una última pregunta: «¿Cómo se puede engañar uno mismo?». Esa pregunta llegó hasta el infinito, rebotó por el despacho, por un momento parecía que se hubiese colado por debajo de la puerta o en el despacho contiguo; sólo buscaba a los amos del látigo, posiblemente dio con todos antes de caer sobre Alejandro Valcárcel, que, aunque en un primer momento intentó esquivarla —tal y como le habían enseñado—, se entregó por fin a ella.

Salió del edificio como una bala perdida. Debía seguir caminando. No podía parar, parar era sinónimo de pensar y le daban arcadas sólo de oler sus pensamientos. Luchó por

librarse de las cadenas a golpes de silencio, por encontrar la mente despejada de ayer, aunque tenía la impresión de que ayer era un pasado remoto y que la carta que tenía en el bolsillo del pantalón llevaba años con él. Intentó buscar el rumbo entre las calles como un mendigo hambriento, pero el timón había desaparecido de su vista. Entonces, corriendo, desesperado, salió en busca del mañana, del interruptor de esa luz que se extinguía; deseaba dejar atrás la noche que avanzaba por los tejados y el miedo que seguía ahí, jadeante. Pero, extasiado, tuvo que recostarse en un banco a descansar.

Era una avenida ancha, levemente iluminada, con árboles recién nacidos y setos a media altura que miraban hacia el mar, a la deriva. Y se acordó del día en que sus labios se humedecieron en otros labios, del aroma de una lagartija viscosa que se metía en su boca como si fuera su guarida. Con los peces de una charca mugrienta del parque, meridiano de sus vidas, y con sus familiares y amigos, compartieron entre risas que había llegado el fin de noches frías en bancos públicos, la noticia de su próximo enlace, la unión inequívoca de sus destinos. Después le sobrevino el llanto entrecortado de su hijo, su mirada extraviada en la sala de partos que se fijó como un imán en su rostro descompuesto por las lágrimas y las risas.

Ese lapso de felicidad se vio interrumpido bruscamente por una respiración entrecortada y por esos pensamientos que ahora se apilaban violentamente; no acabado uno comenzaba el otro, despojando al raciocinio de su lugar. ¡Basta ya! ¡Basta ya!, se repitió hasta la saciedad, pero no había nadie más en su cabeza. Y sintiéndose acorralado, avanzó por la avenida y fue saltando de sombra en sombra. Más tarde, esa fiebre lo fue arrastrando hasta el delirio y allí tomó una determinación: un atajo hacia la tranquilidad.

Alejandro Valcárcel salió horas más tarde de su despacho. Dijo que se iba a casa. Nadie le preguntó. No tenía amigos, en esas alturas la hipocresía es tu único aliado. Entró en el ascensor y sintió alivio, ingravidez. Tuvo necesidad de pulsar todos los botones, de suspender el tiempo y retroceder por él; tomó conciencia de lo que había hecho.

Bajó las escaleras del metro, y en el andén, pensativo, se quedó mirando las vías. No era la primera vez que leía esa carta, que ejercía de maniquí en ese escaparate de horrores, que observaba esos mismos ojos inquietos que miraban para adentro, como si les acechara un peligro bajo sus ropas, pero sí la primera vez que no tuvo tiempo de tomar distancias. Sintió como un crujido seco en la cabeza y amortiguó el golpe con una mueca, pero la grieta era profunda y había llegado al subconsciente. Sintió que se hundía por esa rendija abierta, que sus manos escarbaban la oscuridad y no encontraban claridad a la que agarrarse, y pensó en los muchos cautivos que había hecho, en el giro que había producido en sus vidas. Finalmente, notó cómo las manos de esos hombres le levantaban del suelo; sintió alivio, quizá pudiera dormir tranquilo, sin las malditas pesadillas. Todo tiene un límite y un fin, y él había caído también dentro de un tiempo suspendido.

Se pasó de parada, pero no le importó; el destino era efímero. Subía por las escaleras mecánicas cuando vio a Juan Villanueva que cruzaba la calle, sin importarles las bocinas, las ráfagas de luz, las advertencias. Cruzaron sus miradas, pero no se vieron. Habían olvidado quiénes eran, qué hacían allí, que se conocían; sólo una obsesión, un furtivo que esperaba ansioso la grieta, había salido de la prisión del subconsciente y ahora los dirigía.

Entraron en un parque, y tras de sí cerraron las puertas del mundo, poco a poco, sin hacer ruido. Y cuando la noche se hizo coartada, rodearon con una cuerda una rama casi del mismo árbol y le dieron carácter de presagio.

Justo en el sublime acto, Juan Villanueva oyó el sonido estridente de su teléfono móvil —bendita tecnología—. Era una llamada que salía del despacho contiguo, que brincó el muro de las incoherencias, que le absolvía del hurto y culpaba de la barbarie a un error informático. Supo que no era verdad, pero no le importó; era un pájaro adormecido en su boca. La justificación era suficiente para levantar el velo a la penumbra y tirar la soga a las cenizas.

Salió huyendo del parque, de ese paradigma. La alegría transformó la nebulosa en que se había convertido el mundo en un terrón de azúcar disolviéndose en la lengua; era otro, era él mismo. Pero al alcanzar la puerta, cuando por fin abría los ojos, vio una silueta que oscilaba junto a una farola del parque, en la penumbra. Se acercó como si no quisiera acercarse, como si la felicidad no permitiera de nuevo infiltraciones, cada paso era un montículo más alto que lo llevaba otra vez a la oscuridad. Cayó de rodillas frente a ella —una especie de adoración maldita—, miró al cielo, vio que la luna avanzaba a toda prisa como intentando ocultarse tras una nube, y lloró ante lo absurdo. Alejandro Valcárcel pendía de un árbol, inerte; nunca había bajado de ahí, y así tampoco se podía vivir. Para él no hubo llamada. Cómo iba a pensar la élite que uno de sus súbditos era humano. Juegos del destino, errores que se pagan aunque sean humanas sus víctimas.

I Premio Literario Pablo Díez

Trabajo premiado: tema caso Pablo Díez

Autor: Javier Díez Carmona

EL BRILLO DE UN EURO

La contempló sin ganas, los ojos nublados por una acuosidad de la que no podía sustraerse, sellados los labios, retrato de fracaso en la victoria. Subía despacio, dibujando reflejos dorados en las paredes grises de silencio. Por fin, se detuvo ingrávida, flotando un segundo eterno sobre su ceño fruncido para caer brusca, plomiza, a la mano extendida.

Cara.

Se estudiaron sin palabras. Por un lado, el rictus angustiado del poderoso ejecutivo, firme y envarado en su sillón de cuero, el traje impoluto, el alma apergaminada. Por otro, un tenue resplandor de plata y oro, anillo que enmarcaba un número tan simple como siniestro: uno.

Sostuvo el euro en su palma viscosa de sudor frío, palpando la pretendida grandeza de aquel trozo de metal, extraño y minúsculo vehículo por donde, hacía tan poco, transitaran rabia, angustia y muerte. En algún lugar sonó un reloj, se colgó un teléfono, una puerta crujió al cerrarse. La moneda se escurrió inadvertida entre sus dedos, como inadvertidas rodaron las lágrimas por sus mejillas, labrando un surco demasiado cálido antes de precipitarse desde el mentón afeitado con esmero hasta el vacío de la mesa. A su espalda, las rendijas de las persianas se apagaban poco a poco, tiñendo la estancia de un resplandor sanguinolento, estertor exánime de la tarde que languidecía tras el bosque denso de edificios.

La plaza Catalunya presentaba el aspecto vital y anónimo de cada noche, de cada día. Indiferentes al invierno o al verano, sin importarles la luz o las tinieblas, incontables turistas rubios y adinerados, fugitivos emigrados de tez oscura, trabajadoras que surcaban veloces la calzada camino del trabajo o el hogar abandonado, jóvenes y litronas amasaban la esencia de una ciudad acelerada, urbe vibrante que no mira hacia atrás, que paladea con ansia el presente, fragmento escindido del futuro. Perdidos cada cual en sus placeres y negocios, agobiados por penurias o excitados por imaginadas perspectivas, nadie notó que el aire tornaba más

pesado, nadie comprendió el cambio infinitesimal en el gesto de las hojas, en el vuelo triste de las palomas. Tan sólo algún niño, alguna pequeña revestida de inocencia, fue capaz de intuir las gotas de rocío que, en una cálida noche estival, salpicaban los faros de los autobuses.

El hombre del traje caminaba atento al lustre de sus zapatos, pendiente de minucias regadas en un suelo siempre sucio, esquivando en el último momento a los viandantes que le observaban sorprendidos. Volver a la realidad, otear el entorno vivo por donde transitaba sería afrontar el vagar lloroso del transporte colectivo, comprender el desprecio de chóferes y revisores, verse perseguido por evocaciones espontáneas, por el rostro atónito, incrédulo, de Pablo. Bajó al metro, buscó el anonimato de los túneles, de los pasillos angostos, de la olorosa multitud apelotonada en los andenes. Imposible. Un aroma desagradable, esencia de rechazo repetido, flotaba sobre viajeros y raíles. El rugido del tren al abordar la estación, aullido amplificado en la gruta artificial, terminó por expulsarle, arrojarle al infierno de la calle, al gemir de los motores, al siseo amenazante de la brisa teñida de gasóleo.

Huyó al barrio gótico, lejos de asfalto y carreteras, a los altivos laberintos medievales donde mochileros y millonarios se maravillan de la sobria elegancia de la catedral, terreno vedado al imperio del tráfico. Recobró algo de tranquilidad paseando de la plaza Real a Escudellers, de Avinyó a Regomir. Las manos hundidas en la profundidad de los bolsillos, la mente abandonada al infinito del recuerdo, buceaba por callejas cada vez más estrechas, buscando la nada para respirar. Al fondo, clandestina, una tasca olvidada atraía a los clientes con la luz precaria de su vieja farola. El aroma del café le acarició con inanimada sensualidad. Entró, vagamente reconfortado por un lejano sentimiento familiar, olores conocidos, sabores, sensaciones. Se acodó satisfecho en la barra pegajosa, percibiendo un lejano ronroneo nacido de lo más hondo de su estómago, cuando a su oído llegaron retazos de conversaciones susurradas en las mesas. «Es increíble. Le despidieron por un euro. ¡Un euro! Y se suicidó. ¿Cómo alguien puede ser tan cruel?» El placer, la paz y el sosiego desaparecieron. Cerró los ojos y, al abrirlos, microscópicas gotitas salpicaron en todas direcciones. Descorazonado, sin lugar donde ocultarse, abandonó el local.

Las luces más dispersas a cada paso vacilante, los muros desconchados, los adoquines cuarteados por la desidia y los camiones de basura dibujaban, al transcurrir de los minutos, un cuadro diferente, una pintura alejada de los paisajes siempre verdes y amarillos que acostumbraba atravesar con su Mercedes. De haber mirado en torno a su vacío, de haber alzado la cabeza que jugaba al avestruz con el pasado, tal vez hubiera comprendido a tiempo que su traje de diseño y sus zapatos impecables no

eran adecuado pasaporte para aterrizar en un submundo oculto tras las múltiples capas de maquillaje que engalanan la ciudad. Pero, abotargado por un dolor y una culpabilidad que no reconocía, cegado por una densa cortina salobre, apenas si distinguía el movimiento zigzagueante de sus pasos sobre la acera. Hubo un rumor, un ruido mecánico, y un autobús dobló la esquina. Por un momento clavó en el hombre el desdén de sus focos enlutados. Acariciando nervioso la moneda que seguía adherida a sus dedos, afrontó con miedo el haz de luz. «Hice lo que tenía que hacer – murmuraba desde el fondo de su pecho–. Cumplí la normativa. Hice lo que tenía que hacer.» El vehículo cerró las puertas con un suspiro cansado y, acomodados los últimos viajeros, reanudó la marcha, devolviendo sombra y calma al perdido callejón.

Entonces le agarraron.

No supo cuántos eran. Intuyó los cuerpos, los brazos sudados que le rodearon con torpeza, el olor a alcohol barato y heces rancias, el golpe en la cabeza. Cayó de bruces, golpeando la frente contra el asfalto, el peso de los atacantes en su espalda. Desgarraron su chaqueta de elegante ejecutivo, le robaron la cartera, el dorado llavero del Mercedes, el Camel mentolado. Rendido a la golpiza esperaba, sin oponer resistencia, que los ladrones terminaran y huyeran, que cesaran las patadas para volver a la rutina de la soledad, cuando una hoja mellada se apoyó en su cuello, perforó la piel, y una hilera de dientes roídos regó su baba de borracho sobre el rostro desencajado. «¿Qué llevas en la mano? Dámelo. Dámelo o te rajo.»

No reaccionó. Paralizado por el terror, por la corriente helada que, nacida de sus genitales, latía dolorosa en su cerebro, hasta los pulmones se negaban a responder. El mendigo presionó con más fuerza. El filo rasgó la carne. La sangre, cálida y espesa, goteó despacio hasta el suelo. Quiso gritar. Quiso llorar. Quiso suplicar, rogar por su vida, pero no pudo. Estaba rígido, inmóvil como las gárgolas gastadas que miraban con indiferencia.

Pero aquello fue todo. El agresor retiró el cuchillo, se encogió de hombros y emitió un extraño sonido gutural, algo semejante a una risa esquizofrénica, mientras su compañero recriminaba con desgana: «Déjalo. ¿No ves que no es más que un puto euro? ¿No pensarías matarle por un euro? No se puede ser tan miserable».

Se difuminaron en las tinieblas lúgubres que resbalaban de los tejados. Dos, tres siluetas desgarradas, anónimos prisioneros del caballo y el vino barato evaporados entre sombras mientras, junto a su alterada respiración, la moneda brillaba silenciosa, inanimado espejo de algún lugar desconocido.

Trabajo premiado: tema acoso laboral

Autor: José María Paños Pascual

ULTIMÁTUM

Francisco se levantó al rugir el despertador. Eran la siete de la mañana. Rocío dormía a su lado. Sentía su respiración, profunda y acompasada. Se incorporó con cuidado para no despertarla. Se calzó las zapatillas y se puso la bata que estaba cuidadosamente doblada en una banqueta del dormitorio. Miró el cuerpo de su mujer en la oscuridad de la habitación. No era más que un bulto negro tapado con las sábanas y la colcha. Pero Francisco recordaba con cariño su rostro sereno y amable, salpicado ya por las inevitables arrugas del paso de los años. Ella se resistía a admitirlo, pero nadie puede engañar al tiempo, ni siquiera las buenas personas como Rocío. Le lanzó un beso con la mano, en silencio, con la complicidad de la oscuridad, y cerró la puerta.

Así empezaba el ritual de cada día laborable de la vida de Francisco. Lo mismo desde hacía veintiocho años. Entró en la empresa recién licenciado, como aprendiz en prácticas, y ahora era jefe del departamento de ingeniería.

Fue al lavabo, orinó, se lavó las manos, se duchó con agua templada y se afeitó. Sin prisas porque tenía la barba dura y odiaba cortarse y manchar de sangre el cuello de las camisas blancas o azules que Rocío le planchaba cada noche.

Su mujer dejó de trabajar cuando se casaron. Aquello era normal en su época, pero afortunadamente esto había cambiado. Su hija y su yerno, por ejemplo, trabajaban los dos y, para satisfacción suya, su hija tenía mejor empleo que el cantamañanas de su yerno.

Después de aclararse la cara, se frotó con la crema para el afeitado que le habían regalado por navidad, ese regalo que nunca falta, como las corbatas, los calcetines o la colonia, se decía para sí mismo Francisco, y se miró al espejo.

Eran las siete y media de la mañana de un lunes. Francisco vio reflejado su rostro en el espejo. Pero no era el mismo rostro de los lunes que él recordaba. A las arrugas de la edad se habían sumado las arrugas de la preocupación y el miedo. Sus ojos reflejaban angustia y pánico.

Desde hacía cinco semanas su vida había cambiado por completo, dando un giro inesperado de trescientos sesenta grados, y por primera vez sintió que enfrentarse a la tragedia de un lunes laborable era un peso que cada vez costaba más de soportar.

Y todo por el cabrón de Sánchez, del departamento de recursos humanos. Fue el día que Francisco había cumplido cincuenta y tres años, y todos en su sección lo habían celebrado con bocadillos y cava. Incluso le habían regalado una bonita cartera de piel.

Pero aquel jueves, Sánchez lo chafó todo. Se presentó ante él, con su cara de mosca muerta y la sonrisa de imbécil pegada a los labios. Era un advenedizo sin escrúpulos que se encargaba de hacer el trabajo sucio del director general de recursos humanos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo con esa vocecita aflautada que crispaba los nervios.

—¿Qué quieres, Sánchez?. Tengo mucho trabajo y lo quiero dejar listo para el fin de semana —le contestó Francisco, molesto por la interrupción.

—No será por mucho tiempo —contestó Sánchez.

—No te entiendo, Sánchez. Explícate mejor —respondió Francisco con la mosca detrás de la oreja.

—Que muy pronto dejarás de tener tanto trabajo. De hecho, no tendrás ni trabajo siquiera. Hoy he visto la planificación laboral para el próximo trimestre. Tu nombre está marcado en rojo y ya te tienen sustituto, amigo Francisco.

—Eso no puede ser. Soy el jefe de ingeniería desde hace diez años.

—La producción ha caído y los beneficios también. Los accionistas están que trinan y quieren resultados muy pronto. Tú le cuetas mucho dinero a la empresa y a los cincuenta y tres ya no se tiene la energía de un joven. Compréndelo, las nuevas hornadas de ingenieros salen muy preparados de la facultad y con muchas ganas de trabajar. Por un tercio de tu sueldo tenemos a un jefe de ingenieros sin horarios ni exigencias.

Francisco no dijo nada. Se limitó a mirar la sonrisa burlona de Sánchez. Sabía que ese mequetrefe se la tenía jurada desde que le hizo tragar el convenio colectivo en la última reunión de la comisión paritaria y tuvo que admitir que las horas extras y los pluses de productividad que se negaba a abonar eran legales. Regularizar las nóminas de toda la plantilla supuso un gasto enorme para la empresa, y no sabía cómo Sánchez no se había ido de patitas a la calle. Ahora, era evidente, se vengaba de aquella afrenta.

—No te preocupes, Francisco. La empresa te quiere y por ello te propondrá una prejubilación. Te aconsejo que la aceptes. El trato es muy bueno.

Pero Francisco no aceptó. Estuvo horas y horas dándole vueltas al asunto y cuando lo llamaron desde recursos humanos ya tenía una decisión tomada. Era un viernes por la tarde. Normalmente a las tres ya estaba en casa, pero aquel día el director general quería verle a las cuatro. Telefonó a Rocío y le dijo que llegaría más tarde, que ya irían a la casa de campo el sábado por la mañana. En el despacho del director general estaban presentes, además de ellos dos, Sánchez y uno de los abogados de la empresa. Ni rastro del comité de empresa. La emboscada perfecta, se dijo para sí mismo Francisco.

—Mire, Francisco; la empresa últimamente no va bien. El año pasado perdimos más de lo esperado. Los accionistas nos presionan y nos vemos obligados a tomar medidas drásticas. Por desgracia, nuestros analistas creen que parte del problema reside en ingeniería y nos han trazado un plan de reconversión. No renovaremos los contratos temporales que venzan en los próximos meses y prejubilaremos a los mayores de cincuenta y dos años. Con el ahorro de costes previsto, lograremos equilibrar el presupuesto de este año. Usted no debe preocuparse por su jubilación. Con dos años de paro se planta en cincuenta y cinco años, le pagamos las cotizaciones hasta que cumpla sesenta y luego solicita la jubilación anticipada. ¿Qué me dice, Francisco? Ojalá yo pudiera dejar de trabajar a los cincuenta y tres como usted.

—No —contestó Francisco con tanta contundencia que dejó atónitos a todos los presentes.

—Piénselo bien, Francisco. Es una oferta muy buena por parte de la empresa —intervino el abogado.

—Métase la oferta por donde le quepa, señor letrado. No he estado trabajando duro en esta empresa para que me echen como a un perro a los cincuenta y tres años. Tengo las mismas ganas y la misma energía de siempre y quiero seguir trabajando. Gente habrá que quiera una prejubilación. Yo no.

—Francisco, Francisco, no me provoque. La empresa le aprecia y por eso quiere una salida digna para usted. No quisiera recurrir a otras medidas digamos más drásticas. No me gustaría tener que hacer públicos los múltiples fallos que ha tenido últimamente. Usted ya tiene cierta edad para trabajar con tanta presión.

Francisco se levantó con el rostro congestionado por la ira. Se acercó hasta el director general de recursos humanos y le espetó en pleno rostro:

—Si tiene pruebas de esos fallos, despídame. De lo contrario, deje de tocarme los huevos.

Cuando salió de aquel despacho supo que había desatado la guerra contra su persona y también lo que le esperaba desde el lunes siguiente: presiones de todo tipo,

encargos imposibles, acumulación de tareas, notas que desaparecían, clientes que quedaban desatendidos, proyectos mal trazados, y todo por su culpa. Un plan trazado al milímetro para hacer creer a los demás que era un incompetente y que cometía fallos reiterados. Un plan que acabaría con el despido procedente tras múltiples broncas con todos sus superiores. Y él era consciente de que eso se traduciría en una brutal presión psicológica; en un rápido deterioro de la salud, con noches de insomnio, úlceras, irritabilidad, malhumor, náuseas y depresión; en querer a muerte los fines de semana y odiar los lunes por la mañana. Y así día tras día, semana tras semana, hasta que finalmente arrojase la toalla o convirtiese su vida en un infierno.

Y en definitiva, ¿cuál era su crimen? Tener cincuenta y tres años y un buen sueldo.

Pensó en Rocío, pensó en su deseo de cambiar de coche, pensó en los viajes que habían planeado, y se dijo que aquello no era justo. Había dado a la empresa todo lo que tenía: horas extras sin cobrar, fines de semana trabajando, vacaciones no recuperadas. En veintiocho años ni un solo día de baja. Y ahora se lo pagaban, vaya si se lo pagaban, llamándole poco menos que viejo e inútil, y diciéndole que era mejor que se quedara en casa con una pensión de mierda mientras explotaban a un joven en su lugar y se ahorran unos buenos euros; así podían repartir mayores dividendos a unos accionistas que no sabían qué hacer con tanto dinero. Pero ¿qué podía hacer si lo despedían? No encontraría trabajo en ningún sitio porque nadie quiere a un «viejo» de cincuenta y tres años y, si se prejubilaba, acabaría con una mísera pensión a los sesenta después de cotizar tantos años.

Con el paso de los días se angustió y empezó a deprimirse. Se volvió arisco con su mujer. Entonces, un buen día, cuando se ponía la chaqueta, sintió un fuerte dolor en el pecho. Como los que últimamente sentía muy a menudo. Se mareó. Se asustó y quiso gritar. Pero cuando quiso reaccionar se desplomó fulminantemente en el suelo. La tensión acumulada desde aquel fatídico viernes acababa de estallar. Un infarto de miocardio terminó con las dudas de Francisco y libró a la empresa de un conflicto laboral. Se limitaron a dar el pésame a la viuda, mandaron a Sánchez al funeral y llamaron al sustituto para que se incorporase de inmediato.

Nadie supo jamás que el dividendo a cuenta de la empresa de aquel año llevaba grabado el nombre de Francisco.